REVISTA

CHILENA

FUNDADA

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

Y

DIEGO BARROS ARANA

TOMO XV.

IMPRENTA DE LA REPUBLICA.
Jacinto Nuñez, editor,

1879.

CADA OVEJA CON SU PAREJA.

COMEDIA EN UN ACTO,

POR D. BARROS GREZ.

PERSONAJES.

Doña Bernarda, madre de
Lucia.
Don Cayetano, tio de
Alberto.

(La escena pasa en Santiago, en casa de doña Bernarda.—El lugar de la escena es una pieza regularmente amueblada, con una puerta en el fondo que da salida al esterior, i otra al lado que comunica con el interior de la casa).

ESCENA PRIMERA.

Doña Bernarda.

DOÑA BERNARDA.

(*Sentada cerca de la ventana, está ocupada en coser un vestido, i canta una zamacueca:*)

El amor es un pleito;
Pero en su audiencia
Las mujeres son partes
I ellas sentencian...
I aunque le ganen,
Condenados en costas
Los hombres salen.

(*Concluye su canto con un prolongado suspiro*) **Ayayai penas! que para matar son buenas!**

ESCENA II.

Doña Bernarda.—Don Cayetano.

DON CAYETANO.

(*En la puerta del fondo*) ¿Se puede entrar?

DOÑA BERNARDA.

¿Quién es?

DON CAYETANO.

(*Entrando*) Yo soi, señora.

DOÑA BERNARDA.

Ah! El señor don Cayetano! ¿Usted por aquí?

DON CAYETANO.

Yo, en cuerpo i alma, mi señora doña Bernarda.

DOÑA BERNARDA.

Oh! qué placer tan grande me da usted con su visita! (*Se dan las manos*) Siéntese usted.

DON CAYETANO.

(*Sentándose*) Para mí es cumplido, señora. Sí, gusto cumplido, porque tenia unos espantosos deseos de ver a ustedes. ¿I Lucía?

DOÑA BERNARDA.

Mi hija está adentro. Luego la verá usted.

DON CAYETANO.

Tengo unas ganas horrorosas de hablar con ella, i tambien con usted. Por esto me he tomado la libertad de presentarme aquí sin haberle anunciado visita...

DOÑA BERNARDA.

No habia para qué. Su visita no puede sernos sino mui agradable; i ya debe haber conocido que lo miramos como amigo de confianza.

DON CAYETANO.

Muchas gracias, señora. Lo mismo me pasa a mí. Desde que tuve el gusto de conocerlas, ahora dos meses, en los baños de Cauquenes, no he dejado de acordarme de ustedes un solo dia...

DOÑA BERNARDA.

¡Cuánto agradezco sus cordiales recuerdos!

DON CAYETANO.

Ni tampoco una sola noche, porque le aseguro que en las noches es cuando mas recuerdos he hecho... Ya se ve! son tan largas las noches en el campo! I mas todavía, cuando uno se lo pasa solo su alma, como yo me paso meses enteros en mi hacienda, sin hablar nada mas que con mi sobrino Alberto, en aquella casa tan sola i silenciosa, que no se oye mas que el ruido de los pasos.

DOÑA BERNARDA.

Pero ¿por qué vive tan solo, señor don Cayetano?

DON CAYETANO.

Eso mismo me he preguntado yo, hace pocos dias, acordándome, como me acordaba a cada rato, de las alegres noches que pasé con ustedes en los baños. ¡Qué zamacuecas aquellas; qué tonaditas tan dulces, qué meriendas tan sabrosas; i sobre todo, qué conversaciones tan agradables! ¿Se acuerda de los paseos que hacíamos por los alrededores? Ah, señora! qué dias aquellos que pasé en los baños! Le aseguro que casi me puse a llorar a gritos, cuando tuve que irme a mi hacienda; i sobre todo, cuando llegué a mi casa, a aquella casa sola, en donde nadie me esperaba, fuera de mi perro Barcino... Desde entónces, ni como, ni duermo, ni respiro a gusto, en aquel caseron, en donde sobra casa i falta mujer, es decir alegría i goce...

DOÑA BERNARDA.

Ah! señor don Cayetano ¿i por qué no se casa usted?

DON CAYETANO.

Eso mismo me he preguntado ¿por qué no me caso? ¿Por qué he de seguir permaneciendo solteron entre cuatro paredes, con las que únicamente puedo hablar en aquella solitaria casa? ¿Por qué no buscar una mujercita, me decia yo, para que venga a alegrar esta tristeza, a acompañar esta soledad, a enriquecer esta pobreza, a llenar este vacío, a alumbrar esta oscuridad, i para decirlo de una vez, a componer todo lo que aquí está descompuesto, desde el que habla para abajo? Porque la verdad, señora mia, no hai nada mas descompuesto i mas contrario a toda lei i razon que un hombre soltero, en una casa vacía, que es lo mismo que un cuerpo sin alma. Esta vida es una ensalada de mil clases de yerbas revueltas; pero ensalada desabrida, que no puede pasarse sin el aliño de la mujer. La dulzura de sus miradas, la sal de su conversacion, el picantito de sus graciosos movimientos, i hasta el agrio de sus pucheritos de enojo con condimentos que hacen gustosos los mas desabridos manjares de la vida, hasta el punto de incitarnos a repetir. Sin ello todo es tristeza, modorra i sueño, especialmente en las noches. Sí, señora; qué noches aquellas de invierno, en que, por faltarme una compañera que me entretenga, tengo que acostarme con las gallinas i levantarme con las diucas!

DOÑA BERNARDA.

Já! já! já!! ¡Siempre alegre i gracioso!

DON CAYETANO.

¿No es verdad lo que digo? Pero ponga usted una mujer en un desierto, i verá como el desierto se convierte en paraiso. La mesa se cubre de frituras i golosinas; el apetito se compone, i no le falta ningun boton a las camisas. La casa se barre; no hai telarañas en los rincones; el jardin se cubre de flores olorosas; las gallinas cacarean en el corral; hai huevos frescos todos los dias, i no se siente calor en el verano ni frio en el invierno. Al eterno silencio, sucede el bullicio de una multitud de chiquillos, que aparecen co-

mo por encanto, ¡i que gritan, chillan, lloran, corren, saltan, i lo manosean todo, i lo urgan todo, i lo revuelven todo, no dejando estaca en pared.

DOÑA BERNARDA.

Já! já! já!! ¡qué cosa tan divertida!

DON CAYETANO.

Sí, señora mia! Siento mucho el tiempo perdido, i quiero ver gatear debajo de aquellos largos corredores de mi casa a un cachigordito, miéntras otro llora mas allá por que lo rasguñó el gato... Ya me parece ver a la niñatera, que con el palo de la escoba amenaza al gato, el cual arranca bufando, miéntras la buena madre corre como una loca, i palida como un difunto, a socorrer a un hijito herido, al cual toma en sus brazos, i le limpia la sangre i le unta saliva en las rasguñaduras, diciendo: calla, hijito calla! Si no es nada; ya paso, mi alma, sana! sana! sana!... Ya oigo los gritos, i corro tambien a ver lo que pasa, i encuentro a mi mujer echándole un sermon a la descuidada niñatera, la cual se empeña, por su parte, en probar que ella no tuvo la culpa. El niño sigue llorando sin hacer caso ni a la máma ni a la mamá que le dicen que cale, i que luego van a matar a ese gato pícaro, que ha ido a rasguñar a su hijito. La bulla de cuatro o seis diablillos mas me hace correr hácia mi cuarto, en donde encuentro a dos o tres revolviendo mis papeles; a otro jugando con la escopeta cargada que tengo en un rincon, i a la niñita consentida limpiando con su vestido la mesa, en donde ha derramado la tinta del tintero. Los pongo en órden: i apénas lo he conseguido, cuando diviso a mi mujer en el patio, gritando como un energúmeno. En un santiamen, vuelo hácia ella, i le pregunto que sucede; pero la pobrecita, mas muerta que viva, no me contesta palabra, sino que me muestra con el dedo hacia arriba... I yo, mirando en aquella direccion, veo a los dos mayorcitos que corren por sobre los tejados, sin hacer caso de los gritos de su mamá. Yo los llamo al órden, i ellos se esconden, detras de la cumbrera. Entónces mi mujer se encara conmigo, diciéndome: «Cayetano, por Dios! Ya no es vida la que paso con estos chiquillos tan desobedientes i traviesos! Yo no veo las horas de que los mandes al colejio, para descansar!» Ah! señora! Esa sí que es vida, esa sí que es felicidad! Dígame usted: ¿qué me aconseja hacer para alcanzarla?

DOÑA BERNARDA.

Casarse, pues, señor. No hai mas remedio que casarse.

DON CAYETANO.

Pues a mí se me ha ocurrido lo mismo; i por esto he venido a Santiago, de donde no pienso volver a mi tierra, sino llevando una mujercita que me prometa darme todas esas felicidades que he dicho.

DOÑA BERNARDA.

No dude usted que la encontrará, pues quien busca halla.

DON CAYETANO.

Sí, señora, Dios mediante. Eso mismo fué lo que yo me dije, al ponerme en camino para esta ciudad. I como durante los dos últimos meses, no se ha separado de mi corazon la imájen de una niña que...

DOÑA BERNARDA.

¿Entónces ya ha encontrado usted lo que busca?

DON CAYETANO.

Nó, señora; lo ando buscando todavía.

DOÑA BERNARDA.

¿No dice usted que lleva ya en su corazon la imájen de...

DON CAYETANO.

Sí, es cierto que tengo aquí (*se toca el corazon*) la imájen de esa niña; pero ¿cree usted que con solo poseer la imájen, habrá de resultar en mi casa esa encantadora bulla de chiquillos de que le acabo de hablar?

DOÑA BERNARDA.

Claro es que no. Já! já! já!!

DON CAYETANO.

Se conoce que usted lo entiende; i bien echará de ver que yo no soi hombre capaz de contentarme con imájenes, sino que he menester algo de mas positivo.

DOÑA BERNARDA.

Entónces no hai mas que buscar a esa niña i decirle...

DON CAYETANO.

Yo habia pensado decirle bien claro: señorita, yo tengo el retrato de usted grabado aquí en mi corazon; i vengo a devolvérselo, porque a mí no me gusta poseer una cosa, sin consentimiento espreso de su dueño; pero como me es imposible separar de mi corazon la bellísima imájen de usted, me veo en la necesidad de entregarle el retrato, con corazon i todo ¿qué le parece?

DOÑA BERNÁRDA.

Magnífico! si ella estima en algo ese retrato, tratará de recuperarlo, admitiendo tambien el corazon que usted le dá.

DON CAYETANO.

¿Lo cree usted así?

DOÑA BERNARDA.

Por supuesto! Yo haria lo mismo en su lugar.

DON CAYETANO.

(*Sobándose las manos, con satisfaccion*) ¿Deveras? Usted me vuelve el alma al cuerpo.

DOÑA BERNARDA.

No lo dude usted. Pero es el caso que esa niña se encontrará entónces con dos corazones...

DON CAYETANO.

Así es... I yo me quedo sin ninguno...

DOÑA BERNARDA.

Oh! seria una injusticia, una crueldad inaudita, quitarle a usted una cosa que hace tanta falta, como es el corazon.

DON CAYETANO.

Dice mui bien. ¿Para qué serviria yo entónces?

DOÑA BERNARDA.

Usted serviria solo de estorbo i de tropezon en este mundo: pues que, aun cuando sea mui hábil, mui gallardo i mui rico, un hombre sin corazon no sirve para nada.

DON CAYETANO.

Oh, señora! Desde que amo a esa niña, le juro que yo deseo servir para algo.

DOÑA BERNARDA.

Está mui puesto en razon. Pero advierta que las mujeres somos justas, i no tenemos nada de crueles, sino cuando los hombres no nos aman. Por consiguiente, crea que esa niña le dará a usted en cambio su propio corazon...

DON CAYETANO.

¿Está usted segura de lo que dice?

DOÑA BERNARDA.

¿Pues no he de estarlo? ¿Para qué quiere ella dos corazones, cuando con uno le basta para su uso particular?

DON CAYETANO.

Ah! ¡Cuánto ganaria yo en ese cambalache! quiero decir, en ese cambio. Perdóneme usted, señora, pues a veces me sucede creer

que estoi en mi tierra, i se me salen por la boca, sin sentirlo, ciertas palabras que aquí en la capital no se usan. Pero ¿qué quiere usted? La cabra tira al monte; i yo no soi mas que un pobre campesino, que habla así a la pata la llana...

DOÑA BERNARDA.

Con tal que un hombre de bien hable de modo que los demas le entiendan, ¿para qué quiere mas?

DON CAYETANO.

De eso sí que me pico; i no me trocara por el mejor letrado, en esto de hablar claro i de ser hombre de bien a las derechas. No sé decir bonitas palabras; pero sí sé mui bien ser hombre de palabra.

DOÑA BERNARDA.

Eso es lo que importa, i lo que, a mi entender, le habrá de gustar mas a la niña. ¿I es bonita?

DON CAYETANO.

¿Que si es bonita? Vaya! Con decirle que se parece a usted!

DOÑA BERNARDA.

Já! ja! já!! Ah! don Cayetano, don Cayetano! ¿I cómo afirma usted que no sabe decir bonitas palabras? Se conoce que usted es embustero como todos los hombres!

DON CAYETANO.

Eso sí que no, señora. Yo no miento, ni vuelvo atras en lo que digo. Lo repito que esa niña es tan linda como usted.

DOÑA BERNARDA.

¿La conozco yo por acaso?

DON CAYETANO.

Muchísimo; i ademas es mui amiga suya.

DOÑA BERNARDA.

¿Con que todo eso hai?

DON CAYETANO.

Sí, mi querida amiga; i por esto he venido a rogarle a usted que se empeñe con ella para que admita mi corazon i me dé en cambio el suyo.

DOÑA BERNARDA.

Prometo hacer por usted cuanto puede hacerse por un buen amigo. Ahora solo resta que usted me diga el nombre de la niña.

DON CAYETANO.

Oh!... En cuanto a su nombre... le aseguro a usted, que se me hace mui cuesta arriba decírselo...

DOÑA BERNARDA.

¿Por qué razon?

DON CAYETANO.

Yo no sé por qué... Pero se me hace nudo aquí entre los labios...

DOÑA BERNARDA.

Sin embargo, es menester que usted me lo diga.

DON CAYETANO.

Así es la verdad; pero yo no sé cómo decirle, mi querida amiga, que la persona cuya imájen llevo aquí en mi corazon es su hija de usted; que...

DOÑA BERNARDA.

Ah! ¿Lucía?

DON CAYETANO.

Estoi rabioso por hacerla dueña absoluta de todo cuanto me pertenece; tengo unas ganas atroces de verla mandar en mi casa; quiero vivir para ella, satisfaciendo siempre sus menores deseos, i recreándome en su felicidad. En fin, no habrá para mí una dicha mayor que verla convertida en madre de todos esos chiquillos de que le acabo de hablar. Esto es lo que yo quisiera decir a usted con palabras mas bonitas; pero...

DOÑA BERNARDA.

Sus palabras no pueden ser mejores, amigo mio.

DON CAYETANO.

Espero humildemente su sentencia...

DOÑA BERNARDA.

Esa sentencia la pronunciará la interesada...

DON CAYETANO.

¿I usted?

DOÑA BERNARDA.

Yo le prometo servirle a usted de abogado ante ella.

DON CAYETANO.

Con un abogado tal, considero ganado mi pleito.

DOÑA BERNARDA.

Cuente usted con mi entera voluntad.

DON CAYETANO.

Un millon de gracias, mi querida amiga! Venga esa mano. *(Le sacude la mano con enerjía)* Apriete usted! Apriete usted firme! A mí me gusta sacudir fuerte, cuando quiero a las personas. Yo soi así... Nunca he podido ser hombre a medias...Ahora me retiro,

para volver bien pronto a saber la contestacion de Lucía. (*Se dirije a la puerta de salida*).

DOÑA BERNARDA.

(*Aparte.* ¿Por qué no he de decirle yo tambien lo que pasa en mi corazon?) Oiga usted, amigo mio. Yo tambien tengo que decirle algo.

DON CAYETATO.

¿Es cosa en que puedo servirla?

DOÑA BERNARDA.

Sí, señor; i mucho.

DON COYETANO.

Pues entónces disponga usted de mí.

DOÑA BERNARDA.

Yo... Vaya!... No me atrevo... Despues se lo diré... Mañana...

DON CAYETANO.

¿Quién ha visto a mañana, señora? Hable usted, i no dejemos para mañana lo que se puede hacer hoi...

DOÑA BERNARDA.

Es que me pasa una cosa que...

DON CAYETANO.

Dígamela usted, con entera confianza; ábrame ese pecho con franqueza, i verá si yo sé servir a los amigos! Pero usted se ha puesto colorada... Ah! ¡Ya dí en el quid! ¿Apuesto a que tambien su asunto es de amor como el mio?

DOÑA BERNARDA.

No puedo negarlo.

DON CAYETANO.

Pues entónces, hable usted! Mande usted! Dígame en qué puedo serle útil...¿Ama usted a alguno de mis amigos?

DOÑA BERNARDA.

Ha acertado usted.

DON CAYETANO.

Lo que es por este dia, creo que voi acertando en todo. Ojalá pudiese acertar a decir quien es él, para ahorrarle a usted el trabajo de hacerlo.

DOÑA BERNARDA.

Pues yo se lo diré, amigo mio. Hai un jóven que desde que lo conocí, me cayó en gracia; pero ya ve usted... soi una mujer, i no me atreveré a manifestarle el amor que le profeso, sino despues que usted lo haya sondeado...

DON CAYETANO.

¿Quién es?

DOÑA BERNARDA.

Jura usted guardarme el secreto, en caso de...

DON CAYETANO.

No tenga usted cuidado alguno. ¿No ha oido usted decir que el hombre sabe guardar los secretos ajenos, i la mujer los propios?

DOÑA BERNARDA.

Pero ¿jura usted que...?

DON CAYETANO.

No necesito jurarlo, mi buena amiga. Basta que le dé mi palabra, a la cual no he faltado jamás en mi vida; i crea que el que no

respeta su palabra, maldito lo que se le dará de faltar a sus juramentos. Así, pues, haga pecho ancho: dígame ese nombre, i crea que su secreto cae en mí como piedra en pozo.

DOÑA BERNARDA.

Pues bien...la persona que yo amo es... su sobrino (*Se cubre la cara con las manos*).

DON CAYETANO.

Mi sobrino! ¿I temia usted decírmelo?

DOÑA BERNARDA.

Una mujer teme siempre...

DON CAYETANO.

Pero no una mujer como usted, fresca i linda como una mañana de primavera. Esté usted segura de que mi sobrino no la rechazará...

DOÑA BERNARDA.

Pero de todos modos, espero que usted, no le hablará claro, antes de sondearlo...

DON CAYETANO.

Si no necesito de sonda para ver claro en el interior de mi sobrino! Ya usted lo conoció en los baños.

DOÑA BERNARDA.

I me pareció mui bien.

DON CAYETANO.

Es un Juan de Buena Alma...

DOÑA BERNARDA.

Así es como yo lo quiero.

DON CAYETANO.

Trabajador, eso sí; activo, costante...

DOÑA BERNARDA.

Con tal que lo sea en el amor...

DON CAYETANO.

Debe serlo, puesto que por sus venas corre sangre que tambien es mia: pero le aseguro que yo no sé si ha tenido inclinacion a mujer alguna...

DOÑA BERNARDA.

¡Tanto mejor! ¡Así es como a mí me gusta!

DON CAYETANO.

Apesar de lo que le digo, talvez podria afirmar...

DOÑA BERNARDA.

¿Qué cosa?

DON CAYETANO.

Que Alberto tiene algo entre pecho i espalda... algo que sin duda me oculta...Ahora no mas caigo en ello. Sí! eso es! Todo este último tiempo ha estado taciturno i poco comunicativo conmigo.

DOÑA BERNARDA.

¡Si estará enamorado!

DON CAYETANO.

¡Eso es! Usted ha dado en el clavo. ¡Qué memoria la mia! No me acordaba ni aun de lo que le habia oido decir repetidas veces a este muchacho! Como yo no tenia lugar sino para pensar en Lucía...

DOÑA BERNARDA.

Pero ¿qué es eso que usted le ha oido decir?

DON CAYETANO.

Siempre bien de usted, señora...

DOÑA BERNARDA.

Ah! de mi?

DON CAYETANO.

Desde que nos separamos de los baños, no ha cesado este muchacho de acordarse de ustedes. A cada momento me alababa la bondad, la dulzura i la gallardía de mi *sia* Bernardita...

DOÑA BERNARDA.

Ah!

DON CAYETANO.

I cuando yo hablaba de la belleza de Lucía, él se callaba, o bien me contradecia manifestándome cuanto era lo que usted exedia en belleza i bizarría a su propia hija...

DOÑA BERNARDA.

¿Qué dice usted?

DON CAYETANO.

Lo que oye. I como yo veia que Alberto tenia razon en encontrarla a usted hermosa...

DOÑA BERNARDA.

Oh! No diga usted eso!

DON CAYETANO.

Dispense usted. Me he equivocado: yo debiera haber dicho hermosísima... Pero el que confiesa su error merece perdon... Sí, señora; no hai duda, i ahora solo caigo en que este muchacho, si está enamorado, es de usted... Ademas voi a darle otro dato... Un

dia lo pillé en su cuarto, escribiendo una carta, a puerta con llave... Oígame usted... Tenia los ojos como si hubiera llorado... Yo traté de conocer aquel negocio; pero él jamás quiso descubrirme nada: i aun rasgó la tal carta, en mi presencia, arrojando los pedazos de papel al bracero. Mi curiosidad exitada me hizo volver despues, a ver si podia encontrar algun fragmento en donde leer... i los encontré...

DOÑA BERNARDA.

¿I qué decian?

DON CAYETANO.

Los papeles se habian quemado, i solo pude leer en los pequeños trozos que quedaban, espresiones cortadas, como éstas: infeliz de mí! Mi amor. Soi mui pobre. No puedo sufrir este martirio. La amo!

DOÑA BERNARDA.

¿Eso decia?

DON CAYETANO.

Eso i mucho mas.

DOÑA BERNARDA.

¿I a quién iba dirijida esa carta?

DON CAYETANO.

Se habia quemado el principio, i solo encontré un fragmento en donde decia: Ah! mi *sia* Bernardita!

DOÑA BERNARDA.

Amigo mio! Mi corazon no me engañaba. El me ama! Yo tenia el presentimiento de mi felicidad.

DON CAYETANO.

I yo, tonto de *mí*, que no me habia acordado de esta circunstancia!

DOÑA BERNARDA.

Pues entónces hable con él i dígale...

DON CAYETANO.

Ya sé lo que he de decirte... Adios... Influya usted en el ánimo de Lucía.

DOÑA BERNARDA.

Mi hija es suya.

DON CAYETANO.

Mi sobrino es de usted.

(*Váse*).

ESCENA III.

Doña Bernarda.

Oh! qué dicha! Qué dicha tan completa! Se casa mi hija,.... i su madre a un mismo tiempo!

ESCENA IV.

Doña Bernarda.—Lucía.

LUCÍA.

(*Oyendo las últimas palabras de doña Bernarda*) A un mismo tiempo! ¿Qué quiere decir eso, mamá?

DOÑA BERNARDA.

Ah! ¿Has oido, Lucía?

LUCÍA.

Sí, mamá; pero no sé porque cree usted que nos hemos de casar a un mismo tiempo.

DOÑA BERNARDA.

¿Te disgustaria eso?

LUCÍA.

De ningun modo.

DOÑA BERNARDA.

Pues bien; sabes que las dos hemos encontrado marido?

LUCÍA.

Ah! mamasita mia! Me alegro... ¿I qué clase de maridos son.... esos que hemos encontrado?

DOÑA BERNARDA.

Mira: el uno es un caballero, no viejo, sino así, así, de cierta edad, pero gallardo, bien plantado, i sobre todo, mui rico, mui bueno, mui amable, mui...

LUCÍA.

(*Aparte.* Me habla primero de su novio, por eso lo alaba tanto). Sí, mamá, i mui...

DOÑA BERNARDA.

Mui... Vaya! mui buen mozo.

LUCÍA.

¿I el otro?

DOÑA BERNARDA.

El otro, es un jóven, que aun cuando no es rico...

LUCÍA.

(*Aparte.* Este es el mio) Sí, mamá, no es rico; pero...

DOÑA BERNARDA.

Pero es protejido por el otro caballero; el cual es tio del mozo...

LUCÍA.

Ah! Con que las dos vamos a quedar en la misma familia?

DOÑA BERNARDA.

Sí, hija mia. La una se casara con el tio, i la otra con el sobrino.

LUCÍA.

Pero, despues de todo, aun no me ha dicho usted como se llaman, quiero decir, quienes son ellos.

DOÑA BERNARDA.

Son dos personas de mui buenas prendas para maridos; i a cuade los dos es mejor. Díme ahora: ¿te parece mal que yo quiera casarme?

LUCÍA.

De ningun modo, mamá... tanto mas cuanto que su esposo será buen padrastro...

DOÑA BERNARDA.

¿Por qué te parece eso?

LUCÍA.

Porque como pariente cercano de mi maridito, no me mirará mal... Ah! mamá! Yo he oido hablar pésimamente de los señores padrastros! Ni en los dedos son buenos!

DOÑA BERNARDA.

Tienes razon, hija mia: pero no creas que tu madre haya de darte uno de esos padrastros viejos, achacosos, llenos de caprichos i de ideas antiguas. (*Abrazando a Lucía*) Nó! Yo quiero mucho a

mi hijita, para que me atreva a casarme con un vejestorio, que me la trataria mal, i estaria molestándomela a cada rato con sus impertinencias. Eso sí que no, alma mia! (*Acariciándola*): ten confianza en el buen juicio i en el cariño de tu madre, i cree positivamente que te he elejido un padrastrito a pedir de boca, como hecho en las monjas.

LUCÍA.

Mucho se lo agradezco, mamá de mi alma! Pero en fin ¿quiénes son?

DOÑA BERNARDA.

Luego los vas a ver, porque no tardarán en llegar. No quiero nombrártelos, para sorprenderte agradablemente; i solo te diré que tú conoces al uno i al otro...

LUCÍA.

¿Los conozco yo? Ah! ¿quiénes serán entónces? (*Se pone el dedo en la frente, en actitud de pensar*).

DOÑA BERNARDA.

No te debanes los sesos en balde... Luego vas a ver quienes son.

LUCÍA.

Ah, mamá! ¿Son buenos mozos?

DOÑA BERNARDA.

Sí, hijita. No hai a cual irse de los dos.

LUCÍA.

¿Quiénes serán?

DOÑA BERNARDA.

Te repito que tú los conoces tanto como yo.

LUCÍA.

(*Aparte*. ¡Quiénes serán, Dios mio!)

DOÑA BERNARDA.

El que te solicita me acaba de decir que te adora...

LUCÍA.

Ah! mamá!

DOÑA BERNARDA.

Que te adora como a un ánjel.

LUCÍA.

Mi querida mamá! Qué dicha tan grande debe ser esa de ser adorada por un hombre! Pero dígame quien es él, mamasita!

DOÑA BERNARDA.

I esa dicha es mayor todavía, cuando el hombre es buen mozo como tu novio...

LUCÍA.

¿Buen mozo?

DOÑA BERNARDA.

Sí, hijita. Entónces es miel sobre bruñuelos.

LUCÍA.

Ya me lo figuro, mamá, aunque nunca he pasado por ello.

DOÑA BERNARDA.

Calla, niña!

LUCÍA.

Sí, mamá. Me figuro mui bien todo eso, como si ya me hubiera pasado...

DOÑA BERNARDA.

No hables así, Lucía.

LUCÍA.

Pero si es cierto, mamá! Me parece que ya he estado casada i viviendo con un hombre que me adora como a un ánjel. Me lo imajino todo tan bien, que es como si lo estuviera viendo.

DOÑA BERNARDA.

(*Aparte.* Qué imajinacion tan exaltada tienen las muchachas de hoi!)

LUCÍA.

Pero, mamasita querida! (*Abrazándola*) ¿Por qué no me dice quien es?

DOÑA BERNARDA.

¿Para principiar a quererlo?

LUCÍA.

Nó! nó! Si ya lo quiero, desde que sé que él me adora!

DOÑA BERNARDA.

¿De veras? (*Aparte.* Estas muchachas!)

LUCÍA.

Así es, mamá, i aun puedo decir que lo amo, desde mucho tiempo há.

DOÑA BERNARDA.

¿Cómo es eso?

LUCÍA.

Yo le esplicaré. Usted me ha dicho siempre que le hable con franqueza.

DOÑA BERNARDA.

Así debe hacerlo una buena niña con su madre, pues de esa

falta de franqueza suelen provenir mil desgracias que hacen llorar eternamente al pobre corazon de una mujer.

LUCÍA.

Ah! Ahora comprendo lo que me ha pasado, porque yo tambien he llorado así.

DOÑA BERNARDA.

¿Qué dices?

LUCÍA.

Que yo conozco ese llanto del corazon... Ah! es un llanto doloroso, terrible; llanto que no tiene lágrimas ni sollozos, i que solo tiene quejidos, suspiros i dolores... Sí! mamá, no me diga nada: lo conozco ahora mui bien. El llanto de los ojos consuela; pero ese otro llanto interior deja nuestra alma como muerta de dolor. Oh! se sufre entónces un martirio inesplicable, un martirio oculto que nos atormenta en silencio, i al lado del cual la misma muerte parece deliciosa. Entónces quiere una morir. ¿No es cierto, mamá? Es algo como cuando una desea quedarse dormida para descansar de la fatiga de una penosa marcha. Enbalde quiere una llorar con los ojos, porque, a nuestro pesar, los ojos permanecen secos; i no parece sino que las lágrimas que debieran salir por ellos caen gota a gota sobre el corazon oprimido.

DOÑA BERNARDA.

¡Pobre hija mia! ¿Tú has sufrido de ese modo, sin que yo lo supiera? Díme qué cosa; díme quién te ha hecho padecer así?

LUCÍA.

Nadie, mamá, nadie... o mejor dicho, es *él* quien me ha hecho llorar con el corazon.

DOÑA BERNARDA.

¿El? ¿I quién es él?

LUCÍA.

Eso es lo que le iba a decir. Mire, mamá: usted sabe cuanto la he querido siempre. Cuando chiquilla, yo no comprendia otra dicha que la de vivir a su lado. Estar con usted; verla cerca de mí; oirla hablar... era como es hoi para mí, una delicia inesplicable. Cuando usted me sacaba a pasear, iba contenta, porque usted estaba junto a mí; i si salia con otras personas, no veia las horas de volver a mi casa, porque me parecia que una parte de mí misma habia quedado aquí...

DOÑA BERNARDA.

(*Abrazándola*) Mi Lucía! Cuánto te quiero!

LUCÍA.

No me quiera tanto, mamá, porque no he sido enteramente buena con usted. Voi a confesárselo, para que Dios me lo perdone.... I usted tambien, no?

DOÑA BERNARDA.

Hábla, alma mia!

LUCÍA.

Es el caso que cuando dejé de ser chiquilla, sentí que pasaba algo estraño aquí en mi interior. Yo no se lo puedo esplicar; i solo le diré que me hacia falta una cosa que yo no sabia qué fuera. Estaba como si estuviera enferma, i a veces me entristecia i lloraba, sin saber porque. Pero era solamente con ese llanto de los ojos, llanto dulcísimo comparado con el otro, del corazon. En seguida me ponia alegre, i me reia de esa especie de pena que yo sentia en mi interior, i que nunca me atreví a decírselo a nadie.

DOÑA BERNARDA.

¿I por qué esa pena?

LUCÍA.

Porque me parecia estar sola, aun en medio de las niñas de mi edad. Antes no deseaba mas compañía que la de usted; i despues,...

mire si yo sería mala entónces, me parecia estar enteramente sola, aun cuando me encontraba aquí a su lado. Mil veces me acariciaba usted, i yo lloraba, reclinando mi cabeza sobre su seno. Usted me preguntaba por qué lloraba, pero ¿qué le habia de poder contestar yo, cuando no lo sabia? Despues comprendí que yo lloraba porque... se lo diré todo, porque no me bastaban sus caricias, i me encontraba sola aun entre sus brazos. Pero, no vaya a creer, mamá, por Dios, que yo habia dejado de quererla! Nó, nó! créame que la queria mas. Porque cuando chiquilla, la queria así, sin pensarlo, i despues, puedo decir que la amaba dos veces, pues la amaba pensando en que la amaba. Pero a pesar de este crecido amor, me creia capaz de amar tanto como a usted a otra persona que no era usted, ni era nadie. Mas no por esto se menoscabó lo mas mínimo mi amor a usted, pues mi corazon se habia como ensanchado lo bastante para que en él cupiera otro amor ademas del suyo. A mí me parecia que yo amaba con este nuevo amor a alguien que yo no veia en ninguna parte, aunque siempre lo buscaba con los ojos, en el paseo, en el teatro, i hasta en la misma iglesia, cuando iba a misa. Para verlo, necesitaba cerrar los ojos i estar sola. Nada puedo decir de su fisonomía; pero yo encontraba bellísimo a ese ser ideal que me habia formado dentro de mí. Luego me acostumbré tanto a amarlo, que no podia dejar su dulce compañía. A donde iba yo lo llevaba en mi imajinacion, pareciéndome a veces que marchaba a mi lado. Mas de una vez desee con ardor que los jóvenes que me galanteaban se pareciesen a mi bello ideal, porque yo no podia amar sino a quien fuese igual a mi imajinario compañero. En varias ocasiones creí que éste se habia confundido, ya con uno, ya con otro de los jóvenes que han pretendido conquistar mi corazon; pero a poco andar he conocido mi engaño, i he visto cuan grande es la diferencia entre cualquiera de esos jóvenes i el objeto ideal de mi amor. Entónces es cuando me he encontrado enteramente sola en medio de las personas, i he buscado la soledad, porque allí lo encontraba a él junto a mí... Cuando me iba a acostar, solia latir de ternura mi engañado corazon, porque me figuraba que él habia de estar aguardándome en mi cuarto. Si estaria yo loca? Mire usted: *¿creerá* que una noche me oculté detras de la puerta para darle un susto cuando él entrara? Despues me dió vergüenza... Sí, mamá, me dió mucha vergüenza, aunque nadie me veia. Es verdad, nadie me veia, porque estaba sola, i en torno de mí, no habia mas que el vacío, con un silencio tan aterrador

como el de la muerte. Mas yo trataba siempre de llenar ese vacío espantoso, llamando a mi imajinario compañero, al confidente de mis ocultas penas. El se me presentaba, i ya yo no tenia miedo. Apagaba la luz, para verlo mejor; yo le hablaba, sin tener necesidad de mover mis labios, i sus palabras no resonaban en mis oidos sino en lo mas profundo de mi pecho. Cierto es que aquello no era mas que una mentira; pero mentira tan parecida a la verdad, que ahora mismo hace, su solo recuerdo, latir dulcemente mi corazon. ¡Cuántas veces me quedé dormida, oyendo su deliciosa conversacion! ¡Cuántas veces abrí los ojos para verlo a la luz de los primeros rayos del sol que entraban por mi ventana! En ocasiones lo veia en mis sueños, ya dulces, ya ajitados i terribles. Pero no siempre lo veia con las mismas facciones, ni siempre se me aparecia allí con el mismo carácter, alegre, tierno i amable con que me entretenia, cuando yo estaba despierta. En aquellos sueños lo veia tomar casi todas las fisonomías de los jovenes que poco ántes habia visto. Era necesario que despertase, i volviese a soñar de otra manera, para verlo tal como él era, tal como a mí me gustaba. Pero, pobre de mí! esta ilusion no duraba mas que instantes, i luego se desvanecia, dejándome enteramente sola, i cara a cara con la cruel realidad. Ai! mamá! entónces era mi dolor tan inmenso, como era inefable el goce de mis bellas ilusiones. Porque veia que todo era mentira, que el dulce apoyo que soñaba, el tierno compañero de mi pensamiento, no era mas que una vana sombra. I al encontrarme sin nádie, sin *él*, enteramente sola; al cerciorarme de que no estaba en parte alguna el objeto de aquel ardiente amor que yo sentia... Ah! mamá de mi alma! entónces era cuando yo lloraba con ese llanto del corazon! (*Se echa en brazos de doña Bernarda*).

DOÑA BERNARDA.

(*Abrazándola*) Hija querida! no llores... Desecha esas negras ideas i alégrate.

LUCÍA.

(*Desprendiéndose de doña Bernarda*) Nó, mamá, no lloro... Ya ve usted que estoi alegre... Todo eso ya pasó... Sí! he conseguido al fin sobreponerme, i ahora soi otra.

DOÑA BERNARDA.

Pues bien, no nos acordemos mas de eso.

LUCÍA.

Sí, mamá; i si me he acordado ahora, es para decirle que yo no sé porque lo estoi viendo a él, en esa persona...

DOÑA BERNARDA.

¿Cuál?

LUCÍA.

Esa que me adora como a un ánjel. Usted me ama...

DOÑA BERNARDA.

Sí, mi Lucía! Cree que Dios ilumina siempre la mente de una madre que piensa en la felicidad de su hija.

LUCÍA.

Por eso confio en usted, mi querida mamá! Es imposible que usted me quiera casar con otro... No! nó! Usted no puede entregarme en brazos de otro... que no sea él! (*Pronuncia las últimas palabras en voz baja*).

DOÑA BERNARDA.

Sí, hijita. Quiero pensar ahora en tu establecimiento. Déjame sola.

LUCÍA.

¿I usted? No me decia que tambien...

DOÑA BERNARDA.

Por ahora no quiero pensar mas que en tu matrimonio. Tengo fé en que casada con ese caballero, vas a ser feliz. Déjame sola, i ve a distraerte un poco. Ah! Se me ocurre que ellos pueden co-

mer con nosotros. Díle a la cocinera que tenemos dos convidados a la mesa.

LUCÍA.

Voi, mamá.

(*Vase*).

ESCENA V.

Doña Bernarda.

Pobre hija mia! Cuánto ha sufrido sin duda...... con esas engañadoras imájenes del deseo!..... I no lo sabia yo, su madre! Pero debia haberlo adivinado, viendo esa tristeza que a veces solia apoderarse de ella, i que yo creía efecto de alguna enfermedad. Sí, era enfermedad... pero del corazon, ahora lo veo. Yo estaba ciega, cuando no comprendia lo que pasaba en su alma candorosa. Soi una madre mui culpable! He pensado en casarme, cuando debí pensar en establecerla a ella... He amado a ese jóven, con un amor sin esperanza ya; esperanza que hoi ha renacido, al oir hablar a su tio don Cayetano... lo he amado en silencio, reconcentrada en mí misma, como si me avergonzara de que alguien descubriese mi secreto... Talvez por esto mismo, no he echado de ver que tambien ella adoraba en silencio a ese bello ideal, cuya encarnacion buscaba en todas partes... Mi distraccion ha sido egoista i mui culpable... Pero, gracias a Dios! hoi veo que pueden quedar satisfechas a un tiempo mis aspiraciones de mujer i de madre. Don Cayetano es un caballero de cualidades sólidas, i estoi segura de que hará la felicidad de mi Lucía... Cierto que él no es un jóven, pero la quiere tanto!... Su corazon es jóven todavía... Sin embargo ¿podrá satisfacer las aspiraciones de una muchacha, como es mi hija? En cambio, yo, que soi su madre, me quiero casar con el jóven... ¿Cómo proponerle el tio a mi hija, i decirle al mismo tiempo que mi novio es el sobrino? Casi no me atrevo; i desearia que esta niña se casara con Alberto... Ojalá pudiera yo hacer este enlace, aun cuando fuese sacrificando mi pasion. Seria feliz con la felicidad de mi Lucía, i con tener por hijo a ese jóven a quien no puedo dejar de querer. Sí! vivirá a mi lado, amando a este ánjel que Dios me ha dado por hija; i yo ahogaré esta pasion

dentro de mi pecho... Por qué no he de tener fuerzas para ahogarla? Se trata de la felicidad de esta pobre niña, que tanto ha sufrido, sin decir nada; i nadie sabrá que yo..... Pero, oh! Dios mio! Si ya don Cayetano sabe que amo a su sobrino?... I si éste no ama a Lucía, como la quiere el tio, de cuyo amor estoi segura? Yo misma me he traicionado; yo misma me he vendido; i cuando ménos lo pensaba, he descubierto este secreto a la persona de quien debiera ocultarlo mas. He sido una imprudente, pero ya está hecho el mal... digo si esto puede ser un mal. Porque, bien mirado, don Cayetano no es un viejo, i si Lucía no lo ama, bien puede hacerse amar de ella. Este caballero posee prendas tan recomendables, que bien merece ser amado por una mujer de corazon. Sí, lo amará... A cada paso estamos viendo chiquillas casadas con hombres mucho mas viejos que él... Tampoco habrá por qué nadie se admire de mi matrimonio con Alberto. ¡Cuántas viejas que pueden ser madres mias, no se han casado con muchachos!... Aunque, por otra parte, la cuestion seria ver si conviene seguir estos ejemplos... ¿Será conveniente, será dable, será decente que yo me case con el mozo i ella con el maduro? ¿Será bien visto que?... Pero ¿qué me importa a mí la chismografía? Lo que me importa es la felicidad de mi hija; i ninguna mujer puede ser feliz sino con el hombre que ama i del cual es amada, sea mozo o viejo, pobre o rico. Esto es lo principal; i ya sé que don Cayetano ama a Lucía... Que ella lo ame, i mi dicha es completa... Yo trataré de sondear su corazon... Aquí viene.

ESCENA VI.

Doña Bernarda.—Lucía.

LUCÍA.

Mamá, ya están dadas las órdenes necesarias para esperar a las visitas.

DOÑA BERNARDA.

Bien, hija mia. Ahora siéntate i díme: te parece que yo estoi mui vieja para casarme?

LUCÍA.

Nó, mamacita, nó. A propósito de esto, ¿quiere que le diga una cosa?

DOÑA BERNARDA.

Díla, Lucía.

LUCÍA.

Es que he oido decir que usted parece así... como si fuera mi hermana.

DOÑA BERNARDA.

Já! já! ja! ¿I quién ha dicho ese disparate?

LUCÍA.

Ahora no mas me acuerdo de esto. ¿Tiene usted presente a aquel caballero tan alegre que conocimos en los baños de Cauquenes?

DOÑA BERNARDA.

Ah! don Cayetano Troncoso? ¿I por qué te has acordado de él ahora?

LUCÍA.

Porque él fué quien le dijo a una amiga mia, en los baños, que usted i yo parecíamos hermanas.

DOÑA BERNARDA.

¿De veras? Eso quiere decir que don Cayetano está ya mui viejo i corto de vista.

LUCÍA.

No lo crea, mamá: don Cayetano está mui léjos de ser un viejo..

DOÑA BERNARDA.

(*Aparte*. Bueno! bueno!) ¿Lo crees tú así?

LUCÍA.

Pues no he de creerlo! ¡Qué caballero tan alegre, tan conversador i tan bueno!

DOÑA BERNARDA.

(*Aparte.* Bien marcha el negocio).

LUCÍA.

¿Lo duda usted? No se acuerda de cuanto nos divertimos allá con e.?

DOÑA BERNARDA.

(*Aparte.* Bien!)

LUCÍA.

En cuanto a mí, le sé decir que no sentí los dias que pasamos en los baños.

DOÑA BERNARDA.

(*Aparte.* Mejor que mejor!)

LUCÍA.

¿Qué dice usted?

DOÑA BERNARDA.

Que... que he pensado seriamente en este doble matrimonio...

LUCÍA.

Pero, por el amor de Dios! ¿Por qué no me dice usted quién es ese novio que me destina? Voi a ver si acierto... ¿Es Jacinto Valverde? Juan José Contreras o Pedro Hinojosa?

DOÑA BERNARDA.

Son mui pobres, hija mia, i yo no quiero que mi Lucía sufra....

LUCÍA.

Ni a mí tampoco me gustaria casarme con ellos, aun cuando fueran ricos. ¿Será Antuco Villafranca?

DOÑA BERNARDA.

Es un presumido insoportable. No sabe mas que vestirse bien; i por acomodarse el peinado i la corbata, seria capaz de olvidarse de que estaba casado.

LUCÍA.

¿I Agustin Buscavida?

DOÑA BERNARDA.

Cuchito! No me hables de él. Ese no se casa con una mujer pobre; i yo sé que su sueño dorado es desposarse con una buena hacienda, para irse a trabajar en el campo.

LUCÍA.

Ah! Entónces se casa, por amor a la agricultura?

DOÑA BERNARDA.

Así es. No me gusta ninguno de esos mozos que has nombrado, pues de ninguno de ellos sale un marido pasable siquiera. Atiéndeme, Lucía; para encontrar la felicidad en el matrimonio, se necesita un marido de seso, de juicio i que sepa lo que es el mundo...

LUCÍA.

Sí, mamá; pero no vaya a fijarse, por Dios, en don Nicolacito Jorquera...

DOÑA BERNARDA.

¿Por qué no te gusta don Nicolacito? ¿Lo hallas mui viejo?

LUCÍA.

No es por eso, mamá, sino porque... Vaya! Soi capaz de perdonarle los años a un pretendiente; pero no la tontería.

DOÑA BERNARDA.

Eres una niña de buen sentido, pues nada hai mas perdonable que los años, cuando van acompañados del talento, de rectitud i de cordura. Yo no hablo de un viejo sin juicio, o como si dijéramos, de un viejo verde, pues nunca éstos han servido para nada, sino de un hombre de buena edad, que es de lo único que puede hacerse un marido en razon, prudente i discreto. Un mozalvete sin la necesaria madurez no hará jamás un buen marido, miéntras no se le asiente el juicio con la edad; i en el intertanto ¿cuánto no es lo que tiene que sufrir una pobre mujer, si carece de la enerjía necesaria para mantenerse en su puesto? Por esto habrás oido decir, hija mia, de los hombres que se casan dos veces: la primera escoba, i la segunda señora. Esto proviene de que la segunda mujer los pilla mansitos i en buen sazon, despues de haber barrido el suelo con la primera. Fuera de que hai muchos mozos a quienes no se les asienta nunca el juicio, i suelen pasmarse en la mata, quedando al fin de los años tan sin seso como en el principio. Esto no puede temerse de un hombre ya probado i conocido como bueno por las muestras que de sus dotes ha dado durante largos años. Porque has de tener presente, Lucía, que un hombre no se da a conocer en pocos años. Sí, hija querida, renuncia a la idea de casarte con uno de esos mozuelos con los cascos a la jineta, que tarde, mal i nunca aprenden a querer a sus mujercitas, al paso que nó hai maridos mas querendones que un mozo que no sea mui mozo.

LUCÍA.

Entónces, mamá, es un viejo el que...

DOÑA BERNARDA.

Nó, hijita ¿cómo te habia yo de querer unir con un viejo chocho? Eso sí que nó! Nuestros dos novios son dos mozos solteros, el uno con pocos años ménos que el otro, pero que ninguno de ellos es un mozalvete destornillado e incostante... Ah! son tan incostantes los mozuelos! Mui buenos cuando amantes, i mui olvidadizos, cuando maridos. I en caso de matrimonio, suele ser mas acertado que los tome una mujer de cierta edad, la cual posea la esperiencia i el arte necesario para traerlos a camino. En fin, Lu-

cía, pronto hemos de ver llegar a nuestros futuros, i tú me dirás si me he engañado en la eleccion. Uno de ellos es un caballero elegante, de talento, rico i jeneroso...

LUCÍA.

(*Aparte.* Es su novio, i se conoce que lo quiere).

DOÑA BERNARDA.

El otro es un mozo que parece viejo, según es su cordura i discrecion.

LUCÍA.

(*Aparte.* Es el mio). I dice usted que yo los conozco?

DOÑA BERNARDA.

Sí, hija mia... I para que veas que no te engaño (*Mostrando con el dedo a don Cayetano i a Alberto, que aparecen en la puerta del fondo*) Míralos! Allí están!

ESCENA ÚLTIMA.

Doña Bernarda.—Lucía.—Don Cayetano.—Alberto.

LUCÍA.

Ah! Don Cayetano! (*Aparte.* I tambien Alberto!) ¡Qué sorpresa tan agradable!

DON CAYETANO.

(*A Lucía, miéntras Alberto saluda especialmente a doña Bernarda*). La palabra agradable me agrada tanto en su boca, como me sorprende la palabra sorpresa, pues esta me indica que su mamá no le ha dicho a usted lo que...

DOÑA BERNARDA.

Se lo he dicho todo, amigo mio... pero sin nombrar personas... para ver que efecto hacia la presencia de ustedes. (*Se forman dos

grupos, uno de Alberto i Lucía a la izquierda, del espectador, i otro de don Cayetano i doña Bernarda, a la derecha, que hablan o afecan hablar, segun lo índica el diálogo).

ALBERTO.

(*Saludando. Aparte a Lucía.* Qué feliz soi con verte!)

LUCÍA.

(*Aparte a Alberto.* I yo! Mi mamá no queria decirme; pero ya mi corazon te habia adivinado).

DON CAYETANO.

Es decir que ninguno de los dos seremos condenados a muerte?

DOÑA BERNARDA.

Ya le digo a usted que esas palabras «agradable sorpresa» de Lucía, se lo esplicarán todo.

DON CAYETANO.

Oh! las dulces palabras de una mujer tienen cierta májia para encantar nuestro corazon.

DOÑA BERNARDA

(*Mirando a Alberto*). Yo nada dije, al ver a ustedes, porque el placer no solo produce esclamaciones, sino tambien el silencio, en nosotras las mujeres.

ALBERTO.

(*A doña Bernarda*). Mi corazon, señora, me dice en este momento que las últimas palabras de mi tio son verdaderas.

DON CAYETANO.

(*Aparte a doña Bernarda.* No le decia a usted! Eso que usted ha dicho le ha llegado al corazon)

DOÑA BERNARDA.

(*Aparte a don Cayetano*). I le ha dicho él que me ama?

DON CAYETANO.

(*Idem*). Usted va a verlo. Cuando le propuse venir aquí a verlas a ustedes, no me aceptó. Pero yo insistí diciéndole: hombre! no trates de engañarme, porque yo sé bien que en esa casa hai una personita a quien tú amas. I como lo sabe usted? me preguntó. Porque he descubierto tu secreto, le respondí yo entónces. ¿No te acuerdas, hombre, de aquella carta que te pillé escribiendo i que tú arrojaste al brasero? Yo leí despues los trozos que quedaron sin quemarse, i me impuse de todo. Al decirle esto, me echó los brazos al cuello i me dijo: tio de mi alma! no puedo negarlo... La quiero cada dia mas! Yo le habia ocultado este amor, porque creia que usted tambien...Nó, hombre, le interrumpí; si yo quiero a la otra...¿I cree usted que ella no me rechasará? volvió a preguntarme. Nó, hijo mio, le respondí. Ella te espera con los brazos abiertos. Créemelo. Acabo de hablar con la misma doña Bernardita, quien me ha dicho que te admite gustosa, i que te venga a buscar pronto. Al oir esto, casi se volvió loco de gusto: vistióse en un santiamen i étenos aquí...

LUCÍA.

(*Aparte a Alberto*. I si me amabas de ese modo, ¿por qué no me lo dijiste en los baños?)

ALBERTO.

(*Idem*) No me atreví, alma mia!

LUCÍA.

(*Idem*) I sin embargo, bien pudiste entender las miradas de mis ojos, con las que a mi pesar yo te manifestaba mi cariño.

ALBERTO.

(*Idem*) Lucia! Sigue hablando de esa manera! Mira que no hai música, por celestial que sea, que encante mis oidos como tus palabras!

Creo haber oido ya mil veces esa tu arjentina voz, cuando, en el silencio misterioso del bosque, yo me internaba buscándote por debajo de los árboles. Sí! eran tus dulces palabras de amor, sin duda, la que yo oia, en alas de la brisa que jugueteaba por entre los tupidos follajes. Mi corazon latia apresuradamente; mi alma se sublimaba para alcanzar allá, a la rejion de los ánjeles en donde te habia colocado mi entusiasmo. Lucía! Lucía! ¡Cual era mi dolor cuando yo me encontraba impotente para elevarme a esa rejion, de luz para mi entendimiento, de amor para mi corazon. Yo te veia en todas partes, i tambien en todas partes te oia. Veíate en los primeros rayos del sol que despuntaban sobre la nebada cumbre de los Andes; te veia en la luna que resbalaba por el límpido azul de los cielos, o que se medio ocultaba tras la gaza trasparente de las nubes de otoño! Te veia en las flores del prado, en la brillante nieve de la montaña, en las oscuridades del bosque... i cuando veia ondular, al empuje del viento, los cortinajes de enredaderas salpicadas de flores, pareciame, Lucía, verte al traves de la verde cortina...Pero me engañaba!

LUCÍA.

(*Idem*) Nó, nó, Alberto! Era yo! Era mi pensamiento que te buscaba por todas partes!

ALBERTO.

(*Idem*) Sí! Ahora veo que eras tú, alma mia! Era tu voz la que yo oia en el murmullo del torrente, en los misteriosos sonidos del bosque! ¡Cuántas veces, sentado sobre el tronco de un árbol, escuchaba, al caer de la tarde, el canto melancólico del zorzal, que llamaba a su compañera! Las lágrimas aparecian en mis ojos, i yo las dejaba rodar por mis mejillas.

LUCÍA.

(*Idem*) Oh! esas lágrimas eran mias ¿No es verdad?

ALBERTO.

(*Id.*) Sí, mi vida! Eran tuyas porque eran de mis ojos. Esos cantos de las aves eran voces de tu alma, porque llegaban hasta mi corazon.

LUCÍA.

(*Idem*) I ¿por qué no venias a decirme?... ¿por qué no me escribias...?

ALBERTO.

(*Idem*) Muchas veces te escribí, pero luego rasgaba las cartas, porque nunca podia espresarte en ellas mis sentimientos... Un dia, medio loco, le escribí una larga carta a tu mamá, solicitando tu mano...Mi tio me encontró escribiéndola, i la rasgué: pero él leyó los pedazos, i se hizo dueño de mi secreto.

LUCÍA.

(*Idem*) Ahora comprendo por qué te ha traido.

ALBERTO.

(*Idem*) Me ha dicho que tu mamá me acepta...

LUCÍA.

(*Idem*) I pudo haber agregado que yo te amaba... Cuando mi mamá me hablaba ahora poco, de mi novio, yo pensaba en tí...... Ella no queria decirme el nombre; i al nombrar yo a varios jóvenes, para ver si asertaba, te confesaré que te tuve en los labios, pero no pude pronunciar esta linda palabra: Alberto.

DON CAYETANO.

Ahora que he oido mi sentencia de sus labios, voi a decir dos palabras a Lucía (*Se encamina hácia ella*).

ALBERTO.

(*Acercándose a doña Bernarda*) Ah! señora de mi corazon! usted me hace el mas feliz de los hombres! Permítame besarle las manos, en prueba de mi reconocimiento...

DOÑA BERNARDA.

Ah! Solo es recenocimiento lo que mueve tu corazon, Alberto?

ALBERTO.

Nó, señora! Es tambien el amor mas grande i puro que puede sentir un hombre. Jamas habia tenido un dia tan feliz como éste... En esta casa me siento como si estuviera en la mia, desde que sé que hai en ella un corazon que me ama...

DOÑA BERNARDA.

I puedes estar seguro de ello.

ALBERTO.

Gracias, señora... Mi cariño por usted se ha aumentado, desde que estoi seguro de mi amor; i yo no sé por qué... Pero nó! Sí, lo sé... Comprendo mui bien por qué, en esta casa lo encuentro todo bello, bellísimo.

DON CAYETANO.

Bravo, sobrino! Así me gusta... Es preciso decir claro las cosas, sobre todo cuando son cosas del corazon. (*A Lucía*) ¿Qué te parece mi sobrinito?

LUCÍA.

Mui bien, señor; i lo quiero tanto mas, cuanto mas lo oigo atestiguarle su cariño a mi mamá.

DON CAYETANO.

Se conoce que eres una buena hija: por consiguiente, serás buena esposa. (*A Alberto, mostrándole con el dedo a Lucía*) Oye, sobrino mio! te encargo que me la quieras, que me la cuides mucho.

ALBERTO.

Jamás me ha hecho, usted, tio querido, un encargo tan dulce comoeste.

LUCÍA.

(*A Alberto*) Yo tambien te amenazo no quererte, si no quieres mucho a mi mamá!

DOÑA BERNARDA.

(*Corre a abrazar a Lucía*) Gracias hija mia! (*Hablando aparte con ella*) Dime ¿qué le has contestado?

LUCÍA.

(*Idem*) Que lo amo como él me ama. ¿I usted?

DOÑA BERNARDA.

(*Idem*) Yo le he significado lo mismo.

LUCÍA.

(*Id.*) Pero dígame: ¿le ha dicho él que la quiere?

DOÑA BERNARDA.

(*Id.*) Sí, mi alma. I a tí, que te ha dicho él.

LUCÍA.

(*Id,*) que me adora.

DON CAYETANO.

(*Aparte a Alberto*). Con que, sobrino mio, ya debes estar contento.

ALBERTO.

Aparte a don Cayetano. Contentísimo, tio. Ella me ama.

DON CAYETANO.

(*Idem*). Pues lo mismo me pasa a mí. ¡Con decirte que ella me acaba de jurar que ha soñado con nosotros en todo este último tiempo!

DOÑA BERNARDA.

(*Separándose de Lucía i yendo hácia don Cayetano*). Amigo mio! Soi doblemente feliz... Venga usted acá. (*Aparte a don Cayetano*). Abrace usted a su madre!

DON CAYETANO.

(Abrazándola). Sí, sí!! Me gusta la idea! Venga un abrazo bien apretado! *Aparte a doña Bernarda.* La muchacha me quiere como a las niñas de mis ojos!

DOÑA BERNARDA.

(*Idem*). I él me adora, amigo mio!

LUCÍA.

(*Aparte a Alberto*) Mira, Alberto, cuanto es lo que tu tio quiere a mi mamá!

ALBERTO.

(*Aparte a Lucía*). No tanto como lo que yo te amo a tí.

LUCÍA.

(*A don Cayetano*) Cuanto mas ame usted a mi mamasita, tanto mas lo querré yo.

DON CAYETANO.

(*A Lucía*) Pichonsita! Pues mira como le doi otro abrazo, para aumentar tu amor! (*Abraza de nuevo a doña Bernarda).*

ALBERTO.

(*Aparte a Lucía.* Ellos *se abrazan*). ¿Por qué no hemos de seguir tambien nosotros este dulcísimo ejemplo.

LUCÍA.

(*Aparte a Alberto*). Dices bien, amor mio!

ALBERTO.

(*Abrasando a Lucía*). Oh! ¡Cuánto te amo, querida de m alma!

DON CAYETANO.

(*Mirando de reojo a Lucía con Alberto*). (*Aparte*). Caramba con el sobrino, que abraza de veras! (*A Alberto*). Despasito, amigo; despasito por las piedras...

ALBERTO.

Tio... Señora... perdonen ustedes... yo...

DON CAYETANO.

Bueno es que le manifiestes tu cordialidad, pero, aquí *inter nos*, ese abrazo ha sido algo exajerado... Te he dicho que me la quieras; pero que ello sea hasta cierto punto...

LUCÍA.

¿Hasta cierto punto? ¿Cómo es eso, señor? ¿Cree usted que yo estaria contenta con que usted amase a mi mamá solo hasta cierto punto?

DON CAYETANO.

Pero, Lucía...

DOÑA BERNARDA.

(*A don Cayetano*) No le haga caso, amigo mio: vea que es una muchacha sin mundo i sin esperiencia.

DON CAYETANO.

(*A doña Bernarda*) Tiene usted razon; pero...

DOÑA BERNARDA.

(*Idem*) Una vez casada, entrará en vereda. Así somos las mujeres.

DON CAYETANO.

Sí, sí! Entraremos todos en la vereda del amor. (*Se colocan los cuatro formando un cuadrado, de modo que doña Bernarda a la*

izquierda, i Alberto a la derecha estén en primer término. En el segundo término, estarán, don Cayetano a la derecha i Lucía a la isquierda) Qué bien, qué agradablemente no se marcha por esa vereda esmaltada de flores! Es una marcha triunfal, que debemos emprender pronto, amigas mias, salvo el parecer de ustedes.

DOÑA BERNARDA.

Nos conformamos con él.

ALBERTO.

¿I tú qué dices, Lucía?

LUCÍA.

Mi mamá me ha dicho que nosotras las mujeres no debemos jamas oponernos a los deseos de...de...nuestros esposos.

DON CAYETANO.

Bien, señora! Bien enseñadita la tiene. Ahora mismo nos casamos, i mañana nos largamos, con camas i petacas, a la hacienda. Vámonos, Alberto a arreglar nuestras dilijencias. Despídete de la señora, miéntras yo... (*Se dirije con los brazos abiertos hácia Lucía*).

LUCÍA.

(*Yendo a abrazar a don Cayetano*) Tio mio!

ALBERTO.

(*Abrasando a doña Bernarda*) Mi querida madre!

DON CAYETANO.

Su tio! (*Dá un paso atras*).

DOÑA BERNARDA.

Su madre! (*A don Cayetano*) ¿Qué ssignifica esto, señor?

DON CAYETANO.

Eso mismo iba a preguntar a usted.

DOÑA BERNARDA.

Pues yo no entiendo una palabra.

DON CAYETANO.

I yo estoi en ayunas... Su tio!

DOÑA BERNARDA.

Su madre! Esplícame esas palabras, Alberto!

DON CAYETANO.

I tú, Lucía, díme ¿por qué me has dado ese título?

ALBERTO.

(*A doña Bernarda*) Yo no veo la causa de tanta admiracion... Si yo me voi a casar con Lucía, claro es que puedo llamarle a usted mi madre.

LUCÍA.

(*A don Cayetano*) I yo digo: si me he de casar con Alberto, claro es que puedo llamarle a usted mi tio.

DOÑA BERNARDA I DON CAYETANO.

Ah!

LUCÍA.

(*A don Cayetano*). Pero si usted, por ser el esposo de mi mamá prefiere que le dé el nombre de padre, lo haré con mucho gusto.

ALBERTO.

(*A doña Bernarda*) I si usted quiere que la llame tia, puesto que ha de ser la mujer de mi tio querido, no tengo inconveniente.

DOÑA BERNARDA.

Ai! Dios mio! (*Se cubre la cara con las manos*)

DON CAYETANO.

(*Poniéndose el dedo en la frente*) Ahora si que ya voi entendiendo el negocio! (*A doña Bernarda, con la cual sigue hablando aparte, miéntras Lucía i Alberto se unen para hablar en secreto en el otro estremo*) Dígame, señora, ¿no comprende usted ya todo este enredo?

DOÑA BERNARDA.

Demasiado bien, por desgracia.

DON CAYETANO.

Cierto que ha sido un chasco salado; pero, en este mundo, es preciso sacar partido de todo, para ser feliz. ¿Quiére que hagamos una cosa?

DOÑA BERNARDA.

¿Qué cosa?

DON CAYETANO.

Que dejemos a esos muchachos en su dulce error. Amo demasiado a Lucía para que quiera verla casada con su padre.

DOÑA BERNARDA.

Soi de su mismo parecer... Yo tampoco quiero casarme con mi hijo.

DON CAYETANO.

En cuanto a éste pobre muchacho, a quien siempre he querido mucho... seria una crueldad separarlo de Lucía.

DOÑA BERNARDA.

I yo no tendria valor para hacer una cosa semejante con mi pobre hija.

DON CAYETANO.

Esto es por lo que toca a ellos. Ahora por lo que atañe a nosotros... es menester que sigamos el ejemplo que ellos nos dan.

DOÑA BERNARDA.

¿Qué dice usted?

DON CAYETANO.

Digo, señora, que aquí la perdí i aquí la he de hallar. Yo no soi de esos hombres que se ahogan en poca agua. He venido a casarme, i volveré casado a mi hacienda. ¿Qué le parece a usted?

DOÑA BERNARDA.

Que es una resolucion mui cristiana; pero todavía no sé lo que usted quiere decir...

DON CAYETANO.

Que, bien pensado, señora, debemos agradecerles a estos muchachos la jugada que, sin saberlo ellos mismos, nos han hecho. Hemos olvidado aquello de «Cada oveja con su pareja», i hemos cambiado los frenos, como dicen en mi tierra. Hagámonos perdonar nuestra locura, con una gran cordura, volviendo sobre nuestros pasos. Si ellos se casan allá entre sí, casémonos nosotros acá *inter nos*.

LUCÍA.

Oh! en cuanto a eso...yo...

DON CAYETANO.

Si me hallaba bueno para marido de su hija ¿por qué no me encuentra regularsito siquiera para usted?

DOÑA BERNARDA.

Con esa razon quedo convencida. Acepto.

DON CAYETANO.

Viva la patria! Aquí la perdí i aquí la encontré!... Hijos mios! venid acá (*Lucía i Alberto se acercan al grupo formado por don Cayetano i doña Bernarda*) Amaos como Dios manda, que nosotros prometemos imitar vuestro ejemplo. I no se admire nadie de esto, porque si los jóvenes deben imitar los buenos ejemplos de los viejos, tócales a los viejos seguir el ejemplo de los mozos, cuando éstos obran bien. De donde deduzco yo que la obligacion de un buen cristiano no consiste en imitar las obras de los demas, porque éstos son de mayor edad, sino porque aquellas obras son buenas. Sírvaos esto de regla, i sed felices, para que con vuestra felicidad, hagais dichosos a vuestros padres. (*Se abrazan los cuatro*). ¿No le parece, señora, que esto vale mucho mas que... lo otro? Lo dicho, dicho. Mañana nos vamos bien casaditos a la hacienda, i allí viviremos los cuatro desafiando a la tristeza... Allí formaremos un cuadro impenetrable contra este cruel enemigo del jénero humano; i cada vez que nos acedie, la combatiremos con valor, i le diremos: «Señora tristeza, usted nada tiene que hacer aquí: es inútil que nos persiga; no pierda su tiempo, i váyase con su música a otra parte. Mire usted, mi señora tristeza, que estamos bien pertrechados de alegría, i que el combate es mui desigual, porque somos cuatro contra uno!»

(*Cae el telon*).
